

## **El Soldado**

16 de Abril de 2417

El uniforme picaba como si mil diminutos demonios estuvieran bajo el mismo y se hubieran puesto de acuerdo en pellizcarlo a la vez. Generalmente el atuendo era cómodo. Se componía de un pantalón de corte recto y estrecho, una casaca que transmitía el sentido mismo de la marcialidad y una capa que se sostenía en el lado izquierdo del pecho con un broche con el escudo del ejército de Futura, todo ello con geometrías blancas adornando el ante azul oscuro. El problema era que los sistemas de soporte vital de la Atalaya llevaban varios días dando problemas y en aquel mismo momento se estaban ejecutando las tareas de mantenimiento, lo cual conllevaba que el control térmico del complejo estuviera inoperativo hasta nueva orden. La reunión se estaba celebrando en la Sala Azul, una impresionante estancia vestida con los mismos colores que el uniforme, sita en el piso treinta de la torre central. Tan arriba, el calor se hacía insoportable.

Noah apenas estaba escuchando a Derek Giles, uno de sus asesores, un chico menudo y regordete que se había ganado el cargo de Teniente General gracias a que había sido uno de los mejores artilleros que jamás había habido en la Atalaya. Los reclutas decían que Giles había descargado durante su carrera suficiente potencia de fuego total sobre el Camino como para desviar la Luna de su órbita. Era uno de los escasos altos mandos que caía bien a Noah. Además de ser capaz de acertarle a un escuadrón de Extraños a quince kilómetros con un cañón de energía de veinte metros de largo sin sistemas auxiliares, era un chico comedido, reflexivo y con un incisivo sentido del humor, y Noah era consciente de que tenía mucha suerte de tenerle como uno de sus dos tenientes, pues no era demasiado común encontrar a alguien sensato con una posición privilegiada en un ejército en que la carrera militar empezaba de media a los quince años y duraba como máximo diez. La mayor parte de suboficiales eran elegidos a toda prisa, y la promoción a puestos de oficiales era un filtro insuficiente para evitar que el ejército estuviera lleno de pésimos mandos. Buenos soldados, como cada hombre de la Atalaya, pero poco curtidos, demasiado entusiastas, demasiado viscerales. Como el propio Noah, como cualquier adolescente, como cualquier víctima de una invasión. Noah se preguntaba con frecuencia cómo había podido sobrevivir el ejército a la reducción de esperanza de vida inherente al Génesis. Él mismo era la máxima autoridad militar que Futura conocía, y sólo tenía veintidós años, menos de seis en servicio. El virus extraterrestre había dejado poca esperanza para la humanidad en general, pero que una institución basada en la experiencia y la tradición como lo era el ejército hubiera prevalecido hasta entonces le parecía especialmente fascinante.

"Una sola voluntad", evocó, mientras leía las mismas palabras en el escudo del broche de su capa. Se forzó a dirigir la atención a la reunión.

- Claro que hay que tomar medidas - decía con calma Derek a Jonas Nemrig, otro de los asesores de Noah, ni de lejos tan de fiar - pero lo que propone usted es descabellado. Suficiente para provocar una guerra civil.
- ¿Una guerra civil dentro de una guerra mundial? - Jonas parecía bastante más alterado que Derek. Tenía la cara encendida de rabia y alguna vena del cuello hinchada - Con el debido respeto, Giles, la gente entenderá las medidas. Esos hombres desertaron, y estamos en pleno estado de emergencia.
- Llevamos ciento veinte años en estado de emergencia, Nemrig - Giles se permitió una leve sonrisa - Ahora tiene un nuevo nombre. Se llama normalidad.
- Eran soldados de la Atalaya. Lo que hicieron es alta traición. Si lo toleramos, habrá más casos - casi se podía oír el rechinar de los dientes del teniente.

Derek suspiró hondamente, cerró los ojos un momento y se frotó las sienes. Noah tuvo que disimular una sonrisa. Conocía aquel gesto. Sabía lo que se avecinaba.

- Teniente Nemrig... - comenzó Derek - Creo que no está al corriente de lo que pasa por debajo de su cómoda casita de la superficie. Bajo nuestros pies hay más de un millón de personas que jamás han llegado más allá del Camino, que jamás han visto un Extraño y cuya única razón para no colarse en su casa por la noche y meterle a usted por el culo una olla de la basura que les damos para comer es que piensan que les estamos protegiendo. No tienen posesiones, libertad, esperanza ni oportunidades. Pero se sienten a salvo. Bien - se tomó un instante para carraspear - Prácticamente una de cada dos de estas personas ha intentado en un momento u otro alistarse en el ejército, dado que aquí les damos un catre decente y algo de comida no gelatinosa de vez en cuando - Noah contuvo una risa - Pero dado que nuestro número de catres es limitado, la inmensa mayoría son rechazados, y vuelven a la miseria del tercer sótano tras ver sólo un atisbo de la gloria y comodidad que la Atalaya puede ofrecerles. Somos sus protectores, sus benefactores y los únicos que se han apiadado de ellos. Ahora supongamos que les rajamos la garganta en directo a esos cuatro chicos que han intentado desertar. En veinte minutos, un centenar de personas que les conocían allí abajo empiezan a armar alboroto afirmando que no estamos protegiéndoles, sino tiranizándoles. Dos horas más tarde hemos pasado de ser los guardianes de su vida a los captores de sus derechos fundamentales. Tenemos una revuelta y nos

vemos forzados a tratar de controlar a medio millón de insurgentes con cinco mil hombres, lo cual por supuesto es imposible, de modo que acabamos cerrando los accesos al tercer sótano. El segundo, en el que viven hermanos y primos de los mismos que acabamos de encerrar, se amotina, e incluso algunos trabajadores del primero se ponen en huelga a modo de protesta. El Presidente, sea éste o el siguiente, depura responsabilidades, y hace rodar su cabeza, la mía y la del general, aquí presente. Y vuelve usted al lugar del que no parece recordar que vino, el tercer sótano, donde tiene con suerte tres horas de margen antes de que alguna de esas personas que han estado dos semanas sin poder subir a respirar aire puro por el bloqueo del montacargas le reconozca y grite, eh, es el teniente general Jonas Nemrig. Y entonces le meterán por el culo de todas formas aquella olla llena de la basura que les damos de comer, que antes no le metían porque a pesar de que les tenemos encerrados ahí abajo todavía se sienten libres, y todavía creen que sus enemigos son los alienígenas y no nosotros.

Las venas del cuello de Nemrig parecían a punto de estallar. Derek se limitó a acomodarse en su asiento, carraspear y hacer un gesto casi burlón que invitaba al otro a replicar.

- Yo... - comenzó Nemrig.
- Basta - intervino el propio Noah - No habrá ejecución. La desertión es alta traición, sí, pero la humanidad no se puede permitir matar a ningún individuo - vio de reojo una sonrisa satisfecha de Giles - Y no es por la posibilidad de una revuelta, Derek. Es porque hoy en día cada vida es valiosa. Los desertores serán enviados a las minas de las Tierras Altas. Y quiero que aparezca en todos los hologramas. El ejército es piadoso pero firme.

Los dos tenientes guardaron un silencio respetuoso y apuntaron la decisión en sus consolas interactivas.

- ¿Algo más? - preguntó Noah.
- Si, señor - dijo Derek - El doctor Bradley Kingston, del laboratorio central, nos ha elevado una petición. El Presidente no está en condiciones y...
- ¿Qué petición?
- Afirma que Edén se ha negado a entregar un voluntario.
- Joder... - se pasó una mano por el pelo - ¿Qué demonios le pasa a Foreman? Nos pasamos la vida tratando de convencer a la gente de que quedarse en Futura mientras trabajamos en una vacuna para el Génesis es lo mejor que podemos hacer, y el único tipo que puede ayudarnos monta una pataleta porque no le cae bien el doctor.

- Es un problema grave - intervino Nemrig - No tenemos autoridad sobre Edén, y si Foreman se niega ni siquiera el Presidente podría obligarle. ¿Qué vamos a hacer, forzar las puertas y dejar al Génesis entrar?
- ¿Y sustituir a Kingston? - propuso Giles - Por una vez estoy de acuerdo con Nemrig, Foreman tiene poder absoluto, porque sabe que no podemos infectar Edén.
- Tampoco podemos dejar que Foreman sepa que tiene poder absoluto - dijo Noah - Respóndele al doctor que hablaré personalmente con Foreman, pero que no podemos garantizar nada hasta que la Cámara se estabilice.
- Claro, entonces sí que podremos - soltó Giles.

Noah le clavó una mirada asesina a su amigo.

- Hoy no estoy de humor para tu sarcasmo, Derek - dijo - ¿Algo más?

Los dos tenientes se miraron brevemente. Se hicieron gestos con las cejas.

- Decílo de una vez.
- Verá, señor... - empezó Derek, señalando su miniconsola - Mientras hablábamos ha llegado una comunicación. Es Wolf Procter. Ha venido a verle.

Noah suspiró hondamente. Dio un golpecito sobre la mesa y se levantó como un resorte.

- Envíalo al despacho de arriba - dijo - Oh. Y su nombre no es Wolf. Es Alex.

\*\*\*\*\*

Su despacho para recibir a las visitas era verdaderamente espectacular. La enorme estancia ocupaba toda la extensión de la planta más alta de la torre central de la Atalaya, y el lado que daba al Camino era un semicírculo de cristal blindado desde el que se podían ver kilómetros y kilómetros de terreno, incluidos la inmensa grieta circular que rodeaba todo el territorio de Futura y el Camino, lo único que se atrevía a cruzarla. Una mesa de mármol blanco sin imperfección alguna, con un enorme trono cuyo respaldo era el sello del ejército de Futura, presidían el despacho desde el fondo de la cristalera. A Noah no le hacía especial ilusión sentarse allí. Cuando lo hacía, daba la espalda al Camino y a los Extraños que hubiera más allá. De cualquier forma, tenía que admitir que la sala transmitía la sensación de grandeza e intimidación que se pretendía.

Wolf Procter llegó mientras Noah se servía una copa en el minibar que había en una de las lejanas esquinas de la sala, con mucho hielo para paliar el calor. El guerrillero entró con paso firme, echó un vistazo a su alrededor, vio a Noah y se dirigió hacia él. El general se limitó a beber un trago mientras miraba de reojo a Procter. Éste llegó al minibar y empezó a servirse una copa para sí mismo sin mediar palabra.

- ¿Sabes? - soltó Noah, mirando el licor girar en su propio vaso – Algunas personas creen que soy importante y muestran respeto en mi presencia, Alex.
- Mi nombre es Wolf – dijo el chico, sin levantar la mirada de la botella de la que se estaba sirviendo. Noah soltó un gruñido.
- Yo también me alegro de verte – ladró.

Procter terminó de servirse y tomó un largo trago.

- ¿Qué tal todo por aquí? - preguntó con socarronería - ¿Alguna novedad en el intrincado arte de esconderse como cobardes?

Noah soltó una carcajada, amplia, limpia y sincera.

- Crece, Alex – dijo, echando a andar hacia el trono. De pronto sentarse allí le había parecido buena idea.
- Mi nombre es Wolf – dijo Procter antes de empezar a seguirle.
- Lo que tú digas.

Caminaron en silencio, escuchando el eco de sus propios pasos sobre el suelo. Llegaron a la mesa y se sentaron con parsimonia, Noah en su trono y el lobo en un asiento auxiliar. El joven subió los pies a la mesa y recostó la cabeza sobre las manos entrelazadas.

Se quedaron en silencio un par de minutos.

- Samurai está herido – dijo al fin Procter.
- ¿Daniel? - el lobo asintió - ¿Es grave?
- Lo tienen tus chicos de ahí abajo – se encogió de hombros – Los médicos son ellos, pero creo que ha perdido una pierna.
- Mierda. Lo siento.

- Gracias.
- ¿Cómo ha sido?

Alex alargó el brazo a la mesa, tomó la copa y bebió otro trago.

- En el campo de batalla, así ha sido – contestó - Plantando cara, en vez de escondiéndose detrás del puente. Como un héroe.

Noah apretó la mandíbula.

- Vaya, ¿y cómo es que estás aquí luciendo tu puto cinismo en vez de haciéndole compañía al héroe, Alex?
- Mi nombre es Wolf.
- ¿Qué has hecho, Alex? ¿Mandar al hospital a tu putita de rastas con unas flores y unos globos?

Ahora fue el joven lobo el que rió a mandíbula batiente.

- Muy buena, Noah – dijo – Mira, vengo en son de paz.
- Vienes a echarme tu mierda encima. Danny te importa menos que a mí.
- Danny me importa. Y mi nombre es Wolf. Y si vuelves a llamar puta a Kim...
- Si crees que te tengo miedo, me quito los galones y empezamos a darnos de hostias cuando quieras.
- Te repito que vengo en son de paz.
- Como siempre, sí – contestó Noah con un gesto airado – Vienes a decirme lo fácil que sería expulsar a los Extraños de la Tierra si te dejáramos hacerlo a tu gusto.
- Yo estoy ahí fuera, Noah – dijo Procter, señalando al otro con un dedo – No lo olvides. Tú disparas tus morteros cuando uno de ellos cruza el puente. Yo les corto en pedazos mientras exploro sus asentamientos.
- Vale, recordaré cantar tus alabanzas antes de irme a dormir. Tengo dos preguntas. ¿Cuándo te largas? Y, ¿vas a decirlo de una puta vez?

Procter jugó con la copa un momento, y en su cara se dibujó la preocupación, por una vez, notó Noah, sincera y honesta.

- He venido a negociar, Noah – dijo - En serio.

- Que te jodan. Ya hemos pasado por esto, Alex.
- Mi nombre es Wolf.
- Tu nombre es Alex Jodido Procter Junior, y no veo por qué iba a negociar contigo. Tenemos esta charla cada vez que vienes, y mi respuesta siempre es la misma. No, Alex. No.
- ¿Cómo está el Presidente?

El general no pudo evitarlo. Se ruborizó.

Entendió.

- Vas a ir a Futura – musitó. Procter soltó la copa en la mesa y se inclinó hacia el general. Le miró a los ojos, con un gesto casi cómplice.
- Escúchame, Noah – dijo, muy serio – Aquí tienes, ¿cuántos, quince mil hombres?
- Catorce mil – concedió Noah, con la espalda rígida. Necesitaba saber hasta dónde llegaban las intenciones de Procter.
- Catorce mil hombres – repitió Wolf, asintiendo y en tono conciliador – Yo tengo seiscientos, y mantengo el valle entero a salvo. Dame a siete mil. Sólo siete mil hombres.
- No puedo hacer eso.
- Casi la mitad de tu dotación está tocándose los huevos. Haz un veinte por ciento más de turnos y podré llevarme a siete mil sin que haya diferencia alguna.
- Defender la Atalaya requiere...
- La Atalaya la defienden el Camino y cuatro cadetes en los cañones, ambos lo sabemos.
- ¿Qué vas a hacer, Alex?
- Siete mil hombres, Noah, los sacaré de la Atalaya y me los llevaré al Norte.
- ¿Vas a pasarme por encima, pedazo de cabrón?
- Dámelos y te entregaré las Tierras Altas – le ignoró el lobo - Las minas, las granjas, el Nido, todo. Puedo conquistarlo todo, defenderlo todo, hacerlo seguro.
- ¿Entregármelas? Lo único que quieres es gloria.
- Lo único que quiero es ayudar.
- Alex... Alex, por el amor de Dios.
- Te juro que puedo hacerlo, Noah. Te lo he dicho mil veces, porque lo creo de verdad.

Noah empezó a alarmarse.

- Alex, Futura es todo lo que le queda a la raza humana – dijo, muy despacio – Si la Atalaya cae,

la humanidad cae.

Procter se recostó de nuevo en la silla, con un suspiro exasperado.

- Puedo hacerlo— sentenció Procter – Contigo o sin tí. Sólo te estoy dando la oportunidad de que participes.

“Mierda”. El general se sintió caer un momento. Ahora estaba claro. Procter pretendía quedarse en Futura hasta que el Presidente muriera, y después participar en la elección del nuevo. Hablaría con todos los candidatos y aparecería en los hologramas a la derecha de cualquiera que le prometiera esos siete mil soldados. Los muchos habitantes de Futura que apoyaban a la Hermandad votarían a su favor. A Noah ni siquiera le preocupaba que para ello le destituyeran. Le preocupaban las consecuencias globales. Era partidario de la defensa activa y la perpetuación.

- Alex... - comenzó.
- Mi nombre es Wolf.
- Piensa en ello, por lo que más quieras. La humanidad ya presentó batalla, muchas generaciones antes que nosotros, y acabaron construyendo Futura. ¿Por qué crees que es así? - el lobo iba a replicar, de modo que Noah continuó rápidamente, elevando levemente el tono de su voz – Los Extraños no son el mayor de nuestros problemas. La prioridad es curar el Génesis. Ni siquiera curarlo, la prioridad es prevenirlo. Nosotros estamos probablemente perdidos, pero si podemos curar a los que vengan después de nosotros, todavía habrá esperanza. Tenemos que centrar todos nuestros recursos en ello, y asegurarnos de que no nos extinguimos antes de conseguirlo. Si nos dedicamos a la guerra por unos palmos de tierra...
- ¿Estás de broma? - ahora le fue imposible evitar que le interrumpiera – Precisamente estoy hablando de recursos. ¿Sabes cuál es el principal recurso de Futura? La gente, y los que pensáis como tú tenéis a la gente encerrada a cuatrocientos metros bajo tierra comiendo papilla. Piensa en lo que te estoy diciendo, Noah. Puedo asegurar las minas, las granjas, el Nido, los generadores eólicos y las rutas entre todo aquello y la Atalaya. Estoy hablando de comida, de trabajo, de progreso, de industria, de investigación, de restablecer las comunicaciones planetarias y descubrir si realmente somos los últimos del planeta, de dar trabajo a diez veces las personas que lo tienen ahora y alimentar decentemente a toda Futura en menos de dos años. Esas nuevas fábricas de armas que habéis creado, ¿qué producción tienen? ¿Cuánto material llega de las Tierras Altas sin que los Extraños lo intercepten? - Noah apretó los dientes. Era cierto. Los ciudadanos eran libres de salir de Futura y aventurarse con un grupo de mineros que

estaba autorizado a subir a las Tierras Altas. Pocos volvían, pero los que lo hacían tenían el incentivo de poder pasar un mes viviendo en el primer sótano por cada semana que hubieran trabajado en las minas – Te estoy hablando de poner a tres cuartos de millón de personas que tú tienes pudriéndose como un mueble viejo a trabajar en que todos llevemos una vida razonablemente normal.

- Estamos en guerra con una raza alienígena que ha reducido la población humana a menos de un millón y medio de individuos, Alex. Nada es razonablemente normal.
- Y tu maravilloso plan es enclaustrar a esa gente y obligarlos a procrear mientras tus científicos dan palos de ciego.

Noah suspiró y se frotó la nariz justo entre los ojos. Notaba como empezaba otra de sus jaquecas. El eterno debate entre las dos posturas principales en cuanto a la guerra no tenía solución posible, y lo sabía. Las dos opciones eran razonables. Debía tomar otro camino.

- Aunque me pareciera buena idea, y no me lo parece – comenzó – creo que no haces esto porque realmente te preocupe. Sabes muy bien que no puedes defender tanto terreno con siete mil soldados. Incluso te sería difícil defender solamente el Nido con esa cantidad. Los Extraños saben que ese es el sitio de donde salen grandes pájaros de metal que escupen fuego. Buscas algo más.
- Joder, Noah, esto otra vez no...
- Quieres la Tropa del Dragón. Quieres gloria. Quieres...

Procter se levantó bruscamente y comenzó a gritar. La diáfana sala tenía una especie de eco apagado que marcó sus palabras.

- ¡¡Quiero luchar, Noah!! La Tropa también está tocándose las pelotas mientras...
- ¡¡Tu no eres Drake!! - gritó Noah.
- ¡¡Pues claro que no, joder!! - gritó el lobo, aún más fuerte - ¡¡Drake no existe!! Pero Leonard tiene a treinta mil hombres bien entrenados y dispuestos a morir por su Drake si es que lo encuentran.
- En tí, ¿eh? - Noah se levantó de su asiento también. No se dio cuenta de que se le caía la copa al suelo.
- ¡¡En cualquiera, Noah!! Dame a la mitad de tu dotación, y en dos meses volveré de las Tierras Altas como el puto César, y Leonard pondrá a Esperanza a mis pies con sus propias manos. ¿Sabes lo que podría hacer más allá del Camino con un ejército de treinta mil soldados devotos

y una población de medio millón de los indigentes que tienes ahí abajo muriéndose de hambre? Tus queridos recursos se dispararían. Te estoy hablando de prosperidad, Noah. De esperanza más allá de un tubo de ensayo.

- ¿A qué precio? - el general no pensaba dejarse ganar – La Atalaya es estable, Alex.
- Mi nombre es Wolf.
- Quítale a la mitad de sus hombres, y será vulnerable.
- Sólo durante un par de meses.
- Imagina que cae en ese par de meses, joder. ¿Estás dispuesto a cargar con la responsabilidad de la extinción del ser humano? ¿A correr el mayor riesgo que existe?
- Tienes la fortaleza más inexpugnable del planeta, Noah.
- ¿Eso es un sí?
- Futura estaría segura.
- ¿Eso es un sí?

Procter clavó la mirada en el general. Hubo un largo y tenso silencio.

- Voy a quedarme en Futura – dijo Procter – Voy a hablar con los candidatos. Y cuando el Presidente muera, voy a ser parte del gobierno de Futura. Te repito que voy a hacer esto, contigo o sin tí. Sólo esperaba que fuera contigo. A pesar de todo, me caes bien.

El general se sentó de nuevo en el trono con una risa truncada. Reparó en los restos de su vaso, rotos en el suelo, y se inclinó a recogerlos despacio.

- Acero Negro lideraba la Hermandad cuando se eligió al Presidente actual – dijo, con voz calmada – Y se mantuvo fuera todo el tiempo. Decía que la Hermandad no era una creencia política, sino una forma de vida. Eso dice poco de tí, ¿no crees?
- Es una forma de vida en la que muchos en Futura creen. Acero Negro era el mejor guerrero que he conocido, pero era un ingenuo. Decía que cuando se trataba de la guerra, los cobardes daban un voto y los valientes una espada. No trates de darme lecciones sobre él, Noah. Fue mi maestro y mi mejor amigo.

Wolf Procter dio la espalda al general y se dirigió a la lejana puerta. Sus pasos resonaban en el amplio despacho y cada uno era un golpe de creciente preocupación para el hombre que se sentaba en el trono.

- ¿Cuándo fue la última vez que fuiste a ver a papá y mamá, Alex? - dijo en voz alta, para que Wolf le escuchara bien a pesar de que ya les separaban casi cuarenta metros. Procter se dio la vuelta despacio.
- Nuestros padres están muertos, Noah – dijo – Tú no vas a verlos a ellos, vas a ver dos tumbas. Y ni siquiera estás seguro de que sean sus cuerpos los que están allí.

Siguió caminando con calma en dirección a la puerta.

- Y mi nombre es Wolf – dijo antes de salir.

El general Procter suspiró, y tras unos minutos se dirigió de nuevo al minibar, decidido a tomarse una copa más antes de empezar a hacer llamadas.

\*\*\*\*\*

Noah aspiró profundamente el fresco aire de la noche.

Tras la reunión con su hermano menor, había tenido una tarde muy ajetreada, y no parecía que aquel día fuera a mejorar, de modo que trató de disfrutar durante unos instantes de la sensación del aire moviéndole el pelo en el aerodeslizador, pero el repentino retumbar de varios cañones en la Atalaya, a su espalda, le interrumpió. Tuvo que dedicar el resto del trayecto a hablar con el centro de control sobre qué había pasado, informarse de las dimensiones del ataque de los Extraños que se había interceptado y soportar su a esas horas ya glorioso dolor de cabeza.

Tardaron cerca de un cuarto de hora en llegar a Edén.

Su enfado fue creciendo paulatinamente a medida que se abría camino a través del tedioso proceso de acceso al complejo, terminó de madurar durante los siete minutos que duró la bajada en el montacargas y estaba a punto de hacerle estallar cuando entró en la sala de comunicación. Matt Foreman ya le esperaba, con los brazos cruzados y su mirada autosuficiente.

- General, me alegro de...
- Cierra el pico, pedazo de cabrón – interrumpió Noah.

El silencio se prolongó mucho más allá del momento en que se convirtió en incómodo, y ambos se sostuvieron la mirada durante cada segundo.

- ¿En qué coño estás pensando, Matt? - soltó Noah al fin.
- ¿De qué hablas?
- De Bradley Kingston.
- Oh, él.
- Él. El científico que lidera la lucha contra el virus que nos está matando. La última esperanza de la humanidad hasta que a esos críos que estás entrenando les salga pelo en los huevos.
- Así que apoyas a ese...
- Todos apoyamos a “ese”, Matt. Tú también, ¿entendido?
- ¿Qué quieres decir?
- Quiero decir que tienes dos semanas para tener un voluntario con las maletas hechas en la puerta de este mundo ideal tuyo. Es una orden.

Noah giró sobre sí mismo sin más, y volvió sobre sus pasos, a la salida, con grandes y exageradas zancadas. Tenía que parecer irracional. Tenía que funcionar.

Oyó la risa de Foreman en los altavoces.

- No – dijo el hombre.

“Picaste”, pensó Noah.

Giró despacio de nuevo con un gesto deliberadamente confuso en el rostro.

- ¿Cómo que no? - dijo.
- Tus órdenes, además de injustas, no tienen ningún valor aquí, Procter – soltó Foreman con desprecio – Tú no tienes autoridad aquí, nadie la tiene. No voy a colaborar con ese chico, ya ha matado a bastantes de los míos. Sustitúyete, y tendrás tus voluntarios.

Noah relajó los hombros, en un gesto, esta vez, deliberadamente confiado.

- Creo que no lo entiendes, Matt – dijo – Me importa bien poco si mis galones te impresionan o no. El Presidente está agonizando, así que soy la máxima autoridad de Futura.
- Sigues sin valer una mierda aquí dentro.
- Oh, pero tengo influencia aquí fuera, viejo – se acercó al cristal hasta que sólo éste y veinte

centímetros de aire por cada lado separaron su cara de la de Foreman, y le miró a los ojos – Y si tu comuna hippie no me va a servir para curar el Génesis, no me sirve para nada. Así que para qué desperdiciar comida metiéndola en tu burbuja.

- No te atreverías – dijo Foreman, confiado.
- Oh, ¿tú crees? ¿No me atrevería a cortarte el suministro de comida? ¿Ni a poner sustancias anticonceptivas, o laxantes, en el agua? ¿Ni a cortar la alimentación de los androides, a ver quién limpia vuestra mierda? ¿Ni a meter el virus de la gripe en tu suministro de aire, Matt? Creo recordar que las últimas pruebas hablan de que vuestros cuerpecitos están inmunodeprimidos debido a la falta de costumbre. ¿Qué crees que podría hacer la gripe ahí dentro?

Foreman le miraba con repulsa.

- No te atreverías – repitió.
- Dos semanas, Matt. O convertiré tu Edén en un paraíso tan miserable como Futura, te lo juro por Dios.

Cuando subía de nuevo en el montacargas, sintiendo el extraño orgullo de haber coaccionado a un hombre que tenía más del doble de su edad en un mundo en que nadie tenía más del doble de su edad, Noah Procter se dio cuenta de que se había equivocado un rato antes.

El día sí que había mejorado.